

LA
ASESINA
Y EL
LORD PIRATA



CAPÍTULO 1



Sentada en la sala de consejo de la Fortaleza de los Asesinos, Celaena Sardothien se recargó en el respaldo de su silla.

—Pasan de las cuatro de la mañana —dijo y reacomodó los pliegues de su vestido de seda carmesí. Cruzó las piernas desnudas bajo la mesa de madera—. Más vale que sea importante.

—Tal vez si no hubieras estado leyendo toda la noche, no estarías tan agotada —le respondió con tono golpeado el joven sentado frente a ella. Ella no hizo caso a su comentario y se concentró en las otras cuatro personas reunidas en la habitación subterránea.

Todos eran hombres, todos mucho mayores que ella y todos se negaban a verla a los ojos. Un escalofrío que no tenía nada que ver con las corrientes de aire de la habitación le recorrió la espalda. Celaena empezó a limpiarse las uñas manicuradas y ajustó su expresión para transmitir neutralidad. Los cinco asesinos reunidos ante la mesa larga, incluida ella, eran cinco de los siete colaboradores de más confianza de Arobynn Hamel.

Esta reunión era innegablemente importante. Lo supo desde el momento en que la chica de servicio tocó con fuerza

SARAH J. MAAS

a su puerta e insistió en que Celaena bajara y que no se molestara en vestirse. Cuando Arobynn te llamaba, no lo hacías esperar. Afortunadamente, su ropa para dormir era tan exquisita como la ropa que usaba durante el día... y costaba prácticamente lo mismo. De cualquier forma, ser una chica de dieciséis años en una habitación llena de hombres hacía que se mantuviera atenta al escote de su vestido. Su belleza era un arma, y la mantenía afilada, pero también podía ser una vulnerabilidad.

Arobynn Hamel, el rey de los asesinos, estaba sentado cómodamente en la cabecera de la mesa. Su cabellera rojiza brillaba bajo las luces del candelabro de cristal. Cuando sus ojos plateados se cruzaron con los de ella, le frunció el ceño. Quizás era por la hora, pero Celaena podría haber jurado que su mentor se veía más pálido de lo habitual. Sintió un nudo en el estómago.

—Capturaron a Gregori durante su misión —dijo al fin Arobynn. Bueno, eso explicaba por qué faltaba una persona en esta reunión—. Le tendieron una trampa. Está detenido en los calabozos reales.

Celaena suspiró por la nariz. ¿Por *esto* la habían despertado? Dio unos golpecitos con la zapatilla sobre el piso de mármol.

—Entonces mátalo —dijo.

Gregori nunca le había gustado. Cuando Celaena tenía diez años, le dio unos dulces al caballo de Gregori y, cuando él se enteró, le arrojó una daga a la cabeza. Por supuesto, falló porque ella atrapó la daga y se la lanzó de regreso; desde aquel día, Gregori lucía una cicatriz en la cara como recordatorio.

—¿*Matar* a Gregori? —exigió saber Sam, el joven sentado a la izquierda de Arobynn, lugar que normalmente ocupaba Ben, su segundo al mando. Celaena sabía muy bien lo que Sam Cortland pensaba de ella. Lo conocía desde que eran niños,

LA ASESINA Y EL LORD PIRATA

cuando Arobynn la recibió en su casa y declaró que ella, no Sam, sería su protegida y heredera. Eso no impedía que Sam intentara socavar su posición con él siempre que tenía la oportunidad. Y ahora Sam, a sus diecisiete años, un año mayor que ella, seguía sin olvidar que siempre ocuparía el segundo lugar.

Ella se molestó un poco al ver a Sam en el asiento de Ben. Cuando regresara y se enterara, Ben seguro lo ahorcaría. O ella podría ahorrarle la molestia a Ben y hacerlo personalmente.

Celaena miró a Arobynn. ¿Por qué no había castigado *él* a Sam por sentarse en el lugar de Ben? El rostro de Arobynn, aún apuesto a pesar de los mechones plateados que empezaban a aparecer en su cabellera, continuó inmutable. Ella odiaba esa máscara ilegible, en especial porque a ella aún le resultaba difícil controlar sus propias expresiones y temperamento.

—Si capturaron a Gregori —dijo Celaena despacio mientras se acomodaba un mechón de su cabello largo y dorado—, entonces el protocolo es simple: enviar un aprendiz para que le ponga algo a su comida. Nada doloroso —agregó al ver que los hombres se tensaban—. Solo lo suficiente para silenciarlo antes de que hable.

Lo cual era probable si Gregori estaba en los calabozos reales. La mayoría de los criminales que entraban ahí nunca volvían a salir. No con vida. Y no en una forma reconocible.

La ubicación de la Fortaleza de los Asesinos era un secreto bien guardado, y la habían entrenado para preservarlo hasta su último aliento. Pero aunque no lo hiciera, era poco probable que alguien creyera que esa elegante casa de campo en una calle muy respetable de Rifthold fuera el hogar de algunos de los más grandes asesinos del mundo. ¿Qué mejor lugar para ocultarse que en el corazón de la capital?

—¿Y si ya habló? —preguntó Sam.

SARAH J. MAAS

—Y si Gregori ya habló —respondió ella—, entonces mataremos a todos los que lo hayan escuchado.

A Sam le brillaron los ojos castaños y ella esbozó una sonrisita que sabía lo pondría furioso. Luego Celaena miró a Arobynn y agregó:

—Pero no era necesario arrastrarnos hasta acá para decidir esto. Ya diste la orden, ¿no?

Arobynn asintió con los labios apretados. Sam tuvo que atragantarse con su objeción y optó por enfocar la mirada en la chimenea chisporroteante. La luz del fuego proyectaba claroscuros en las facciones refinadas de Sam: un rostro que le habían dicho podría haberle servido para ganar una fortuna si hubiera decidido seguir los pasos de su madre. Pero la madre de Sam había decidido dejarlo con los asesinos, no con los cortesanos, antes de morir.

Se hizo el silencio y la respiración de Arobynn produjo un rugido ensordecedor. Algo iba mal.

—¿Qué más? —preguntó ella y se inclinó al frente. Los demás asesinos bajaron la vista a la mesa. Lo que hubiera sucedido, ellos ya lo sabían. ¿Por qué no le había dicho Arobynn a ella primero?

Los ojos plateados de Arobynn se convirtieron en acero.

—Mataron a Ben.

Celaena apretó los brazos de la silla con las manos.

—¿Qué?

Ben... Ben, el asesino siempre sonriente que la había entrenado con la misma frecuencia que Arobynn. Ben, quien alguna vez le había ayudado a curar su mano derecha destrozada. Ben, el séptimo y último miembro del círculo interno de Arobynn. Apenas tenía treinta años. Los labios de Celaena se abrieron en una mueca que enseñaba los dientes.

LA ASESINA Y EL LORD PIRATA

—¿Qué quieres decir con «mataron»?

Arobynn la miró y un destello de dolor se reflejó en su cara. Él era cinco años mayor que Ben y habían crecido juntos. Habían entrenado juntos. Ben se había asegurado de que su amigo se convirtiera en el indisputable rey de los asesinos y nunca cuestionó su posición como segundo de Arobynn. Ella sintió que se le cerraba la garganta.

—Se suponía que era la misión de Gregori —dijo Arobynn en voz baja—. No sé por qué se involucró Ben. Ni quién los traicionó. Encontraron su cuerpo cerca de las puertas del castillo.

—¿Tienes su cuerpo? —exigió saber ella. Tenía que verlo, tenía que verlo una última vez, saber cómo había muerto, cuántas heridas habían sido necesarias para matarlo.

—No —respondió Arobynn.

—¿Por qué demonios no? —dijo ella sin poder dejar de abrir y cerrar los puños.

—¡Porque el lugar estaba repleto de guardias y soldados! —gritó Sam y ella volteó a verlo de inmediato—. ¿Cómo crees que nos enteramos de esto?

¿Arobynn había enviado a *Sam* para ver por qué habían desaparecido Ben y Gregori?

—Si hubiéramos recuperado su cuerpo —dijo Sam sosteniéndole desafiante la mirada—, nos habrían seguido directo a la Fortaleza.

—Ustedes son asesinos —gritó ella—. Se *supone* que deben poder recuperar un cuerpo sin que los vean.

—Si hubieras estado ahí, habrías hecho lo mismo.

Celaena empujó su silla hacia atrás con tanta fuerza que la volcó.

SARAH J. MAAS

—¡Si yo hubiera estado ahí, habría matado a *todos* para recuperar el cuerpo de Ben! —azotó las manos sobre la mesa e hizo temblar los vasos.

Sam se puso de pie de un salto con la mano en la empuñadura de la espada.

—Ah, claro, mírate. Ordenándonos como si *tú* fueras la líder del gremio. Pero todavía no, Celaena —sacudió la cabeza—. Todavía no.

—*Suficiente* —dijo Arobynn molesto y se levantó de su silla.

Celaena y Sam no se movieron. Ninguno de los otros asesinos habló, pero ya tenían en las manos sus respectivas armas. Ella había visto de primera mano las peleas en la Fortaleza; buscar sus armas era tanto para su propia protección como para evitar que ella y Sam se hicieran demasiado daño.

—Dije que era *suficiente*.

Si Sam daba otro paso hacia ella, si desenfundaba su espada un centímetro más, la daga que ella traía escondida en la ropa encontraría un nuevo hogar en su cuello.

Pero Arobynn se movió antes. Tomó a Sam de la barbilla y obligó al joven a mirarlo.

—Contrólate o yo lo haré por ti, niño —murmuró—. Es estúpido estar buscando pelea con ella esta noche.

Celaena se guardó su respuesta. Ella era perfectamente capaz de lidiar con Sam esta noche, o cualquier otra, para el caso. Si las cosas escalaran a una pelea, ella ganaría... siempre derrotaba a Sam.

Pero Sam soltó la empuñadura de su espada. Después de un momento, Arobynn liberó la cara de Sam pero no se apartó. Sam mantuvo su mirada en el piso y caminó al otro lado de la sala de consejo. Se cruzó de brazos y se recargó contra la pared

LA ASESINA Y EL LORD PIRATA

de piedra. Ella todavía podría atacar, bastaría un movimiento de la muñeca y la sangre empezaría a brotarle de la garganta.

—Celaena —dijo Arobynn y su voz hizo eco en la habitación silenciosa.

Ya se había derramado suficiente sangre esa noche; no necesitaban otro asesino muerto.

Ben. Ben estaba muerto y nunca más se lo encontraría en los pasillos de la Fortaleza. Nunca le ayudaría a sanar sus heridas con sus manos frías y hábiles, nunca la haría reír con algún chiste o anécdota pervertida.

—Celaena —volvió a advertir Arobynn.

—Ya terminé —dijo ella con brusquedad. Distendió los músculos del cuello y se pasó la mano por el cabello. Caminó a zancadas hacia la puerta pero se detuvo en el umbral—. Solo para que lo sepan —agregó dirigiéndose a todos pero con la vista fija en Sam—, voy a ir por el cuerpo de Ben —a Sam le tembló involuntariamente un músculo de la mandíbula pero tuvo la prudencia de mantener la vista apartada—. No esperen que les extienda la misma cortesía a ninguno de ustedes cuando les llegue su hora.

Con eso, se dio la media vuelta y subió por la escalera en espiral hacia la mansión. Quince minutos más tarde, nadie la detuvo cuando salió por la puerta principal hacia las calles silenciosas de la ciudad.